

“Justicia” neoliberal en Cuba. Una lectura de *El Rey de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez y otras vainas

Daniel Noemí Voionmaa
University of Michigan

Resumo

A partir do conceito de *Iustitium*, para Agamben um vazio da e na lei, realizo uma leitura da obra *El rey de la Habana* de Pedro Juan Gutiérrez, como uma possível des-construção da noção de identidade cubana. Coloco a transformação da sociedade cubana durante a década de noventa numa sociedade neoliberal marginal. Intento, assim, afastar-me das tradicionais leituras que empregam o paradigma de “realismo sujo” para aproximarem-se da produção de Gutiérrez. Centrando-me, ao invés disso, no estabelecimento do período especial/estado de exceção que se torna norma neste momento é possível advertir a presença de fissuras que permitem pensar uma resistência à hegemonia. O texto de funciona, deste modo, como uma crítica e negação dos ideais revolucionários que ocorre com a inserção da sociedade cubana no cenário neoliberal.

Palavras-chaves: Cuba , Justicia, Neoliberalismo

Resumen

A partir del concepto de *Iustitium*, para Agamben un vacío de y en la ley, leo *El Rey de La Habana*, de Pedro Juan Gutiérrez, una posible de-construcción de la noción de una identidad cubana. Planteo que la sociedad cubana durante la década de los noventa devino una sociedad neo-liberal marginal. Intento alejarme de las

* Artigo recebido em julho e aprovado para publicação em outubro de 2005

tradicionales lecturas que emplean el paradigma del “realismo sucio” para acercarse a la producción de Gutiérrez, centrándome, en su lugar, en el establecimiento del periodo especial/estado de excepción que deviene la norma y como ahí es posible advertir la presencia de fisuras que nos permiten pensar una resistencia al proceso hegemónico presente. El texto funciona no como una crítica del proceso revolucionario cubano, sino más bien como un ataque frontal a la negación y rechazo de los ideales revolucionarios que lleva consigo la inserción en el escenario neoliberal.

Palabras claves: Cuba , Justicia, Neoliberalismo

Abstract

Taking as starting point the concept of Iustitium, as the Italian philosopher Giorgio Agamben explains it, i.e., as a vacuum of and in the law; I read in *El Rey de La Habana*, by Pedro Juan Gutiérrez, possible de-constructions of the idea of a Cuban identity. I argue that the novel shows how Cuban society during the nineties became a “marginal neo-liberal society”. I exclude the typical “dirty realistic” readings, and attempt to look in the establishment of the state of exception/periodo especial—which has become the norm—, some gaps and fissures that will allow us to resist and revert the current hegemonic process. The novel works as a critique not of the Cuban Revolution as it is normally considered, but rather it constitutes a blatant attack to the denial of the very Revolution ideals that the insertion into this new neo-liberal scenario has brought.

Keywords: Cuba , Justice, Neoliberalism

Leer la (im)posibilidad de hacer justicia en la novela, pensar la historia del desastre en las culturas o desarmar las coartadas del Estado y del capital global para borrar su violencia, no implica una aceptación pasiva de la derrota, sino una apertura radical a un futuro diferente aquí y ahora.
Luis Martín-Cabrera

Los años noventa en Cuba, aquellos vividos bajo lo que no tan eufemísticamente se denominó “periodo especial”, pueden verse como el momento de la instauración definitiva de la suspensión de una cierta ley, para pasar al reino de una ley de la excepcionalidad,

del estado de excepción. Surge, así, la paradoja de una ley que se establece fuera de la ley para y por la defensa de dicha ley primera. La justicia desaparece como posibilidad: lo especial de este periodo en gran medida está conformado por la des-diferenciación¹ *absoluta*: se acaba con la distinción entre lo que está “afuera” y aquello que está “adentro” del sistema. Pues, como nos recuerda Agamben, el estado de excepción “non è né esterno né interno all’ordinamento giuridico e il problema della sua definizione concerne appunto una soglia, o una zona di indifferenza, in cui dentro e fuori non si escludono, ma s’indeterminano” (2003, p. 33-34). Esta indeterminación apunta a una modificación radical de la construcción identitaria que desde 1959 se había venido elaborando en la isla. Es cierto que la caída de los mal denominados socialismos reales tuvo un efecto directo y obvio en la economía, cultura y política cubanas; no obstante, esa “desaparición” constituye solo una mitad de la escena. La inserción y participación de Cuba en un “sistema neoliberal periférico de múltiples velocidades” (ya volveré sobre esto) es la principal responsable de que la excepcionalidad se haya convertido en la regla: estamos ante el imperio del *Iustitium*, aquella instancia jurídica romana donde no solamente se suspendía la administración de la justicia, sino el derecho como tal. Nos situamos, de esta manera, ante el derecho y ante la justicia, en un verdadero “assoluto non-luogo” (AGAMBEN, 2003, p. 67). La paradójica ley es su pura ausencia, una continua y constante negación: *necessitas legem non habet*². Y es precisamente esta negación permanente, paradigmática de los especiales años noventa, la que se despliega en las doscientos dieciocho páginas de la novela de Pedro Juan Gutiérrez, *El Rey de La Habana* (1999).

Este texto ha sido leído preferentemente desde la perspectiva del realismo sucio (o su superación³). En esta línea, se le suele considerar—no solo a esta novela, sino a la producción de Gutiérrez en general—, como sintomática de una línea preferente de la literatura cubana: una “tendencia muy acentuada entre nuestros autores de todas las generaciones, en la Isla y en el exilio, a ocuparse

del tema de la marginalidad, la delincuencia, la prostitución, las drogas, la cárcel, a contar historias bien espeluznantes donde se combinan la miseria, el embrutecimiento y la violencia, con personajes canallas en ambientes sórdidos” (PORTELA, 2003, np). Esto, claro está, como resultado directo de las crisis social y económica de los años 90 y, de modo especial, según Portela, a causa del “empecinamiento” del gobierno por negar la misma crisis. En medio de este panorama, por lo general “desolador”, la novela que aquí trato destacaría por ser una de las pocas, sino la única que es “veraz, incisiva, certera, rigurosamente fiel a los detalles” (PORTELA, 2003, np). Siguiendo esta trayectoria de análisis, que, como vemos, destaca positivamente un acercamiento a un pretendido realismo, se llega a leer la novela incluso como un seudo testimonio. Portela cita al propio Gutiérrez para dar cuenta del “valor político” de la novela: “Esta es la voz de los sin voz. Los que tienen que arañar la tierra cada día para buscar algo de comer, no tienen tiempo ni energía para nada más. Su objetivo único es sobrevivir. Como sea. De cualquier modo. Ni ellos mismos saben por qué ni para qué. Se empecinan en sobrevivir un día más. Sólo eso” (PORTELA, 2003, np). He ahí una posibilidad. Sin embargo, me parece mucho más sugestiva la lectura del texto que da cuenta de otra negatividad: no se trata de la voz de los sin voz; por el contrario, se trata del grito más fuerte de aquellos que sí tienen voz. La novela, al contrario de lo que la gran mayoría de los críticos plantean, no es un ataque a la Revolución cubana ni al sistema que la Revolución ha prometido (y que no ha podido instaurar); no, constituye un ataque demoledor al final del sueño revolucionario y a la nueva Cuba neoliberal. El fracaso de la Revolución no está en el exceso de ella, está en la carencia, en la falta de *más* revolución.

Mi lectura pretende salir, alejarse, tanto de la “veracidad” (y su consecuente “cubanidad”) que se estaría expresando en la novela, como de una lectura efectuada bajo la égida del realismo sucio. Busco, en cambio, sus legalidades ausentes, sus economías y velocidades que se acercan a cero, en fin, una nueva historicidad y temporalidad revolucionarias. Cualquier devenir de identidades

(fragmentos, fugas, retazos) estará siempre cruzado por una multiplicidad de estos trayectos.

La novela trata de la breve vida de Reynaldo, el “Rey de la Habana”. Desde sus nueve años hasta su dramática muerte a los diecisiete (para un resumen de ella véase el artículo de Portela). Su recorrido vital consiste en una acumulación de carencias: viviendo en la década de los noventa, Rey es el ejemplo de aquel período especial que vive todo el país. Es un trayecto de hambre, soledad y falta de afecto—correctamente ha sido considerado un relato picaresco, si bien, en este caso hay una ausencia de posibilidad de futuro que la mayoría de los textos picarescos presentan—. El modo de paliar todas esas faltas será, por una parte, a través de ciertos excesos. Exceso de sexo, alcohol, marihuana. Parodia, así, del prototipo del macho que busca en el exceso social aquello que la economía no le permite: la inclusión y participación como alguien importante en el sistema. La pobreza extrema—cuya máxima expresión se da en la constante hambre que padece el protagonista: “‘La única propiedad del pobre es el hambre’, decía su abuela cuando aún hablaba” (p. 87)—es lo que la mayoría de los personajes obtienen de una política económica ambigua y, al menos, doble. Efectivamente, hay dos monedas, el peso y el dólar; dos ciudadanías, los con papeles y los que carecen de ellos; dos posicionamientos en la sociedad radicalmente distintos, y un gobierno que es completamente incapaz de solucionar la situación: “‘El público circulaba por los pasillos, preguntaba precios, compraba muy poco o nada, y seguían mirando y asombrándose por los precios, y pasando hambre. Algún que otro viejo murmuraba: ‘Se están haciendo millonarios y el gobierno no hace nada. Es contra el pueblo, todo contra el pueblo’” (p. 156). No se acusa al gobierno de enriquecerse, sino a aquellos que abusan de las nuevas reglas de la economía de excepción. El gobierno es responsable por su ineficacia y por propiciar la posibilidad de la coexistencia de sistemas—socialista y neoliberal—que se desdiferencian. Y, precisamente, ante esta des-diferenciación es el juego neoliberal el que impone sus reglas (su carácter omnívoro le lleva a

adoptar “lo peor de los dos mundos”) y crea algo por todos ya sabido: el surgimiento de una clase adinerada mínima—cuyo capital, además, es producido desde la legalidad de la excepción—y de una gran mayoría que debe pervivir con escasísimos recursos: “Cada día estamos más jodidos en este país. Todo lo que sirve se ha ido pa’l carajo...” (p. 127), dice uno de los personajes que encuentra Rey en su recorrido. Ahora bien, no se trata de una división entre una clase “alta” y una “baja” tradicional. En este sistema neoliberal periférico—en tanto es negado desde el presunto centro que es el gobierno, aunque sea él mismo su principal promotor—hay una suerte de fluidez, de estable inestabilidad que permite a los personajes movilizarse aparentemente entre ambos extremos. Este es el caso de Sandra, el travestí, quien en su apartamento tiene “de todo” (p. 63), como resultado de su participación en la economía de la excepción que se ha tornado la regla: la de la prostitución y la del tráfico de drogas. Su situación, a pesar de poseer “desde luz eléctrica hasta televisor”, dado que está basada en una legalidad otra es momentánea y Sandra desaparece del relato, perdiendo todos sus bienes y con ello el acceso de Rey a ese mundo. La acumulación de paradojas y contradicciones—el modo en que lo “especial” se articula vis-a-vis la supuesta norma anterior—que se dan en un nivel económico y social es innumerable a lo largo de la novela. Esto—y no la crítica a la “terrible situación económica” como suele observar la crítica⁴—es lo que mejor está caracterizando la situación de Cuba en los años noventa. Así, todo intento por conformar una identidad cubana solamente puede elaborarse a partir del reconocimiento del carácter intrínsecamente contradictorio que dicha labor implica. Más radicalmente: toda identidad solamente deviene en la contradicción y la paradoja; es, en ese sentido, siempre una aporía y solo puede ser aprehendida como tal.

Significativamente, aquello que distingue y diferencia más a Rey no es su apetito sexual, sino su peculiar capacidad para dormir o quedarse dormido en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia. El apetito sexual no es para nada algo exclusivo de Rey, sino que es

compartido por la mayoría de los personajes. Es más, son por lo general las mujeres quienes manifiestan una mayor y más constante necesidad de actividad sexual. Hacia el final de la novela son las palabras que Magda, la pareja más “estable” de Rey, le larga a éste las que desencadenarán el final. Ante la acusación de ser “una puta”, la mujer responde: “— ¡Putas, pero con el macho que me gusta! Ese negrón me dio pinga tres días seguidos. Sin parar. Tú eres un niño al lado de él” (p. 212). El sexo junto con el hambre son los bienes que todos comparten en la novela, pero el dormir y el quedarse dormido son privilegios de Rey. Menciono brevemente algunas de las ocasiones: Al escaparse del reformatorio, se queda dormido en un “contenedor viejo, lejos de la carretera” (p. 25); poco después no puede regresar a su “casa” (un montón de chatarra) se recuesta en un árbol “en el jardín de la iglesia. Y se durmió.” Lo despiertan ruidos a medianoche, pero rápidamente “quedó dormido de nuevo y despertó en la mañana” (p. 31); también en la tierra contra un árbol grueso (p. 44); en el rincón de un portal (p. 44); en las escaleras (p. 62); en un jergón (p. 75); nuevamente en la escalera (p. 80); en el banco del parquecito junto a la estación (p. 85); cuando está abrumado por una serie de problemas su respuesta es dormir: “se quedó dormido. Durmió profundamente veinte horas consecutivas” (p. 113); y, solo para señalar una ocasión más, al final de la novela luego de violar al cadáver de Magda (a quien acaba de asesinar), “se tiró en el jergón y se durmió al instante” (p. 216). El dormir se constituye, como vemos, en el accidente constante de aquello en lo que ha devenido Rey⁵. Nueva paradoja de este intento de sujeto: el acto de dormir opone la inacción a la opresión; dormir funciona como escape, es cierto, pero también puede funcionar como suspensión de la lógica de funcionamiento del sistema. Es un detenimiento (por breve que sea) de la temporalidad de producción que rige a la sociedad en la que se está moviendo Rey. Clave: el dormir no implica ni conlleva sueños (aquí la vida no es un sueño), es el reverso a la actividad de acumulación de residuos que es la única actividad económica que le permite al protagonista sobrevivir

por un tiempo. Como su reverso, por cierto, también le es propia y le pertenece; es decir, esta suspensión es un nuevo estado de excepción que ha devenido regla. No nos resulta difícil, entonces, ver en este accidente (aquello que viene como decía Aristóteles), una marca de la temporalidad del mundo que rodea a Rey⁶, pues constituye siempre una posibilidad de interrupción del acontecer—tanto de la acción de la novela como de la trayectoria y recorrido de su protagonista. Asimismo, esta tendencia anticipa de modo evidente el final de la novela y la resolución de esta historia de des-formación. Aquel quedarse dormido definitivo y postrero, después del cual ya no queda (ni cabe) ninguna alternativa. La muerte que, de este modo al ser tan anticipada, pierde parte de su carácter trágico (a pesar de lo doblemente escatológico de la muerte de Rey). Recordemos que la novela está enmarcada y atravesada por una cadena de muertes. El periplo de Reynaldo se inicia a causa de una triple muerte—madre, hermano, abuela— que se nos presenta de un modo humorístico en una sola página (p.15) y termina con la inversión paródica a la creación genésica que es la muerte de Rey—“su agonía duró seis días con sus noches” (p. 218)—, donde el verbo es lo que está al final y no al principio, pues “nadie supo jamás nada” (p. 218). Toda excepción, todo periodo especial, toda legalidad o ausencia de ella, está recorrida transversalmente por el anuncio de la muerte que es el dormir. En otros términos: la finitud de la conciencia y del saber (entender)-poder (desear) está siempre presente. Rey solo puede circular en ese campo: no existe un afuera a él, del mismo modo como la excepción no presenta un afuera a ella. Se hace imposible la salida o reversión de la situación excepcional. Así, se hace plenamente real la sociedad del espectáculo que anunciaba Debord—pensando en algo muy distinto—, pero como agrega Virilio, “il (Debord) omettait de dire que cette scénérisation de la vie s’organise sur la sexualité et la violence” (2005, p. 52). *El Rey de La Habana* nos muestra cómo la participación de Cuba en una economía mundializada y regida por las leyes del mercado no es una pesadilla que puede ocurrir en el futuro, sino que la más simple

y superficial realidad: no hay nada bajo este funcionamiento, Cuba ha devenido el *ejemplo* del triunfo del sistema (una especie de anverso) donde el espectáculo del sistema no oculta sino que transparenta su rostro.

Todo estado de excepción presupone un acto de violencia. En ese sentido, la revolución cubana se instaure como la Excepción en 1959. Más de cuarenta años después, durante el periodo especial la violencia—como la observamos en la novela—adquirirá rasgos muy distintos. Esto es, podemos ver el modo en que de la tragedia pasamos a la parodia o, en otros términos, del sentido y la posibilidad al absurdo y la ausencia de cualquier telos. Si la violencia revolucionaria poseía un sentido profundo pues apostaba a la transformación radical del funcionamiento de la sociedad; la violencia que acompaña a la participación en el sistema neoliberal que se da en los noventa presentará un sentido que es puro significativo⁷. Como señalaba antes, las muertes enmarcan el relato y lo recorren; y todas estas muertes son muertes violentas: asesinatos más o menos premeditados, suicidios, muerte por mordeduras de ratas. Ante tal exceso la ley se convierte también en algo vacío: la justicia deviene en un mito, algo que solo existe como abstracción. Lo que sí existe es una justicia otra basada en la ley de la excepción (que es la suspensión de la ley *normal*⁸). ¿A qué tipo de justicia es capaz de acceder Rey? ¿Cómo es esa justicia otra? Por una parte, notamos como Rey participa esporádicamente en trabajos que se ubican fuera de la legalidad del estado (estibador, traficante de drogas, etc.) y que a través de ellos tiene, también momentáneamente, acceso a dinero:

Por la tarde el viejo gordo lo llamó aparte...Le dio cincuenta pesos.

— ¿Y esto?

— La búsqueda de hoy.

— ¿Qué búsqueda?

— ¿Tú no ayudaste a cargar cuatro camiones?

- Sí.
- Eso es pa' nosotros. Cada vez que entre un camión hay que cargarlo rápido y que se vaya.
- Ummm.
- Si viene algún inspector de la empresa, tú no sabes ná ni has visto ningún camión aquí (p. 131).

Solo mediante la trasgresión de la ley es posible participar, aunque sea tangencialmente, de los bienes que el sistema ofrece. Así, ya no se trata más de una trasgresión sino de la normalización de la nueva situación. No obstante, la abyección de Rey será tal que incluso quedará afuera de esos circuitos (en este sentido, Rey deviene una excepción en la excepción). La única noción de justicia que puede sostenerse es económica; por lo mismo no hay justicia, pues ella es vaciada de cualquier posible sentido. La no-justicia que se adscribe a la participación en una economía neoliberal provoca una auténtica debacle ética que haya en la violencia absurda una de sus expresiones más notables. Y he aquí uno de los aspectos claves de la novela: aquello que podemos denominar dimensión ética del texto: si nos enfrentamos ante la suspensión de una legalidad que crea una zona de indiferenciación donde los personajes se mueven—recordemos a Agamben: “lo stato di eccezione non è né esterno né interno all’ordinamento giuridico” (p. 33)—, hemos de observar también una modificación e indeterminación (si es que no la directa suspensión) del ordenamiento ético que regía una supuesta normalidad, que estaba vigente en la ley previa. O dicho más brutalmente: lo que se suspende y suprime en la novela es la *ética revolucionaria*. Y la lógica neoliberal se instala triunfante desde su presentismo que tiende a absolutizar el hoy, borrando la posibilidad del pasado y creando una nueva genealogía que borra toda existencia previa, es decir, la excepción al normalizarse y regularizarse—en este caso la neoliberalización—hace borrón y cuenta nueva con el tiempo mismo. Rey puede leerse precisamente como la crítica a ese presentismo que des-diferencia todo y que borra la existencia

de un pasado distinto: “Hay quien vive al día. Rey vivía al minuto. Sólo el momento exacto en que respiraba” (p. 159), y esto que permite la sobrevivencia también provoca una genealogía exclusiva: “No venían del polvo y al polvo regresarían. No. Venían de la mierda. Y en la mierda seguirían” (p. 195). Resulta evidente—y reitero mi sorpresa ante la ceguera de la mayoría de los críticos—que lo escatológico no está adscrito ni le atribuye al pensamiento revolucionario; muy por el contrario, es justamente aquella otra (ausencia de) ética neoliberal la que es caracterizada por una doble escatología, la muerte y la mierda.

Analícemos el pasaje, a mi juicio, clave de la novela. El momento en que Rey después de haber tenido relaciones con Elena, “la boba”, arranca robándose un pollo y en su carrera recibe primero la ayuda de un pastor protestante quien le paga el pasaje de la guagua y luego en Guanabo, de los tipos de un kiosco, quienes le dan condimentos para su comida. Ahí, luego de comer su asado, Rey se introduce en el mar:

Lo dejó todo tirado sobre la arena y entró en el mar totalmente desnudo. El agua tibia y negra le rodeaba. Tuvo una sensación extraña y voluptuosa. Cerró los ojos y se sintió abrazado por la muerte. No había brisa alguna. El agua caldeada, la oscuridad infinita que lo rodeaba. El terror a ahogarse, porque no sabía nadar. Mantuvo cerrados los ojos y se abandonó, flotando boca abajo, con la cara dentro del agua. Se sintió atraído por aquella sensación deliciosa de irse para siempre.

Permaneció un tiempo así. Flotando. Apenas sacaba el rostro del agua para respirar y volvía a abandonarse. Estuvo tentado de no respirar más. Dejar el rostro bajo el agua. No respirar. Hundirse en el agua negra. Hundirse en el silencio. Hundirse en el vacío. De repente un cuerpo frío, resbaladizo, duro, lo rozó en los pies y las piernas. Era un pez largo y potente. Nadaba silenciosa y rápidamente y se atrevió a acercarse a la orilla. Lo rozó por un instante que a Rey le pareció un siglo. Aterrado, se incorporó. Tocó la arena del fondo con los pies y salió corriendo hacia la orilla. El agua la tenía a la altura de la cintura o poco

más. El pez tendría tiempo para perseguirlo y devorarlo en medio de la oscuridad. Y Rey luchó. Con el corazón desbocado, saliéndosele por la boca, salió al fin del agua y se lanzó boca arriba sobre la arena, temblando de pavor (p.167).

Este pasaje es notable por varios factores. Primero, aquí nos alejamos un tanto de la escritura “corriente” de Gutiérrez, aquella que Portela describe como de “Oraciones breves, nada de floreos ni juegos con la sonoridad de las palabras ni adjetivación sorprendente ni audacias estilísticas de ninguna índole” (PORTELA, 2003, np.) Sin llegar a “audacias estilísticas”, podemos notar que sí existe una preocupación por la voz del narrador que se focaliza en Rey. Se deja de lado las en el resto de la novela predominantes palabras “fuertes” o “malsonantes”, y se emplea, siempre privilegiando la parataxis, un lenguaje que recurre a estructuras que remiten a usos propios de la poesía. La repetición de “hundirse” o la reiteración de la palabra “agua,” por ejemplo, nos indican este giro en la prosa. Este fragmento alude explícitamente a la cercanía de la muerte, a ese “hundirse” que está cada vez más cerca en la existencia de Rey. El anticipo de la muerte como “agua negra”, “silencio” y, en definitiva, “vacío.” Él mismo se da cuenta de ello un par de páginas más adelante: “Deprimido con ganas de morir. Más de una vez pensó: ‘¿Por qué no me ahogué aquella noche en la playa?’” (p. 172). Es la antesala al infierno de la nada, del vacío absoluto que resulta preferible al infierno que se vive *en vida*, lo cual provoca “una sensación deliciosa”; esto es, esa posibilidad de escapar de la realidad—o lo que algunos denominarían pulsión de muerte—es causa de la momentánea posibilidad de un goce literalmente infinito, “para siempre” (p. 172). Así, en el primer párrafo, la muerte es anunciada no de un modo más bien sugerente, lleno de *futuro* (aunque el futuro sea el vacío sin fin). Esta sensación de delicia se ve interrumpida por la aparición de un pez largo y potente, ante el cual Rey entra en pánico y fantasea que va a ser devorado. Entonces, lucha y logra escapar de *esa muerte*, pues prefiere, a fin de cuentas, la otra muerte, la muerte que está ya viviendo diariamente. El

hundirse para siempre en el agua no puede ser la solución porque hay algo más fuerte en su interior que le impide aceptar ese fin: se lucha aunque no tenga sentido, aunque el fracaso ya esté asegurado. Segundo, estas líneas permiten (y requieren) otra lectura complementaria. Se trata también del bautizo de Rey, de su nacimiento a una nueva vida, un intento por recobrar la inocencia que ha perdido. Los símbolos cristianos son evidentes: el agua, la inmersión de él en ella (parodia de la ceremonia del bautismo) y finalmente aquello que provoca el pánico en Rey: el pez, símbolo de las primeras iglesias cristianas. Rey, podríamos fácilmente interpretar, rechaza todo tipo de institucionalización, de ahí que el pez le produzca ese pavor tan grande. Asimismo, podemos observar las obvias connotaciones sexuales que el pez presenta (ante cuyo reconocimiento, que esa fuerza lo devore, Rey huye)⁹. Sin embargo, me interesa más considerar una tercera alternativa: se trata aquí de la aceptación por parte de Rey (y él puede funcionar como sinécdoque) del nuevo régimen de excepcionalidad, de la(s) nueva(s) legalidad(es) vigente(s). Al preferir volver a la playa y luchar por volver—no luchar contra el pez—, Rey está reconociendo que a pesar de que la muerte será segura no hay nada mejor que ese afuera del mar; todavía más: toda lucha es para estar en el sistema, para participar en la excepción, no para salir de ella. Ahí, flotando con el rostro hundido en el agua, Rey se enfrenta consigo mismo: con sus terrores y fantasías. La auto-anagnórisis se lleva a cabo no por un proceso racional sino por uno pasional. Sin quererlo, en este pasaje Rey se está respondiendo a la interrogante ¿quién soy yo? Se trata, entonces, efectivamente de un bautizo, uno marcado por el miedo, el único que la excepcionalidad reinante es capaz de brindar. En el agua Rey ha suspendido por un rato su propio trayecto, permitiéndose un momento de introspección. Esa suspensión le permitirá insertarse de pleno en la otra suspensión que está “afuera”: legalidades, funcionamientos, diferencias, todo queda interrumpido. El pez, al final, terminará devorando a Rey de todos modos, pues su aceptación e inserción implican su destrucción total y la reiteración de su desaparición del mapa social¹⁰.

Pero, como suele ser el caso, ninguna lectura funciona unidireccionalmente. Y la misma desaparición absoluta de Rey al final de la novela se nos presenta llena de paradojas. Hemos observado que Rey es incapaz de escapar a su fatum, que necesariamente pasa a ser una parte de la máquina del sistema que lo utiliza y luego lo desecha. Esto es, su presencia es por un lado totalmente insignificante: a nadie le puede importar menos lo que a él le suceda y el también es incapaz de afectar o modificar de modo alguno las condiciones que existen en su entorno. Este parece ser el sentido de las últimas palabras de la novela, una vez que él ha muerto el narrador lacónicamente finaliza el texto con: “Y nadie supo jamás nada” (p. 218). Una oración que remata con una evidente contradicción una novela repleta de paradojas: ¿cómo es posible que nadie sepa nada? ¿Y el narrador? Y más importante aún, ¿nosotros, los lectores? La exclusión y desaparición discursiva de la que es objeto Rey pasa a connotar una serie de otros elementos: hay un intento permanente por parte de una circulación de saber-poder determinada por ocultar o no querer reconocer este otro tipo de “realidad”; es decir, el “nadie” del final de la novela no es absoluto (pues nosotros quedamos fuera de él y nos convertimos en testigos exclusivos), sino que se está refiriendo a un cierto ámbito, a un grupo determinado. Y aquí la crítica apunta, por cierto, en varias direcciones. Crítica a la discursividad hegemónica de una instancia de poder que se afana en negar cierta realidad, pero esta no se limita solamente a la más obvia, la del régimen cubano y su intento de sociedad socialista (en la novela Rey tendría que responder ante la disyuntiva “patria o muerte”, muerte; y el “venceremos” queda olvidado como un resabio de otros tiempos donde aquello era aún posible) que pareciera encontrarse ciego ante lo que sucede; sino también a la de las nuevas políticas y economías que están en circulación. La negación a través del desconocimiento impuesto de una realidad resulta de una nueva ética emplazada o, podríamos argüir, de una ausencia de ella. La ética del *iustitium*, donde lo que funciona es una fuerza de ley sin ley, una ley tachada que impide, a

su vez, la creación de la justicia. Cada vez más se trata de una acumulación mayor de violencia que va acompañada a la acumulación de capital¹¹ que está presente en la novela a través de su ausencia en Rey.

Así, *El Rey de La Habana* funciona como accidente en y de la Cuba de los noventa. Una Cuba a su vez profundamente accidentada, cuyo accidente original resulta imposible determinar¹². Sabemos, además, desde Aristóteles, que todo accidente revela su sustancia, un saber—devenir del cual es accidente. La Cuba de los noventa y sus nuevas condiciones desde nuevas perspectivas de lectura es lo que nos posibilita acceder este texto. Porque este rompimiento con las estructuras previas (anteriores a la caída del muro, si bien dicha fecha es más simbólica que real), que puede ser llevado a interesantes excesos, es clave para comprender la realidad finisecular de la isla. Atrevo una exageración hermenéutica para ejemplificar este proceso de cambio radical. Como he referido antes, la novela suele ser leída como una fuerte crítica a la realidad cubana, en particular a la Revolución cubana (más exactamente a aquello en lo que se ha convertido en la Revolución cubana). Anteriormente he intentado mostrar cómo la novela es mucho más que eso y, de hecho, no se trata de una crítica al modelo que la Revolución quiso implementar sino a las concesiones o modificaciones que *obligatoriamente* tuvo que hacer (lo de obligatoriamente daría paso a otro tipo de discusión que no es el caso seguir aquí, mantengamos el término en suspense). Ahora bien, el protagonista, Reynaldo, el Rey de La Habana, puede ser leído desde su inversión paródica, desde el significado de su nombre y desde su actuar de *macho*, como la imagen del otro Rey no solo de La Habana, sino de Cuba, de Fidel Castro. El Rey carente, que se ve obligado a cualquier cosa para sobrevivir, pero cuyo fin—trágico—parece ser inevitable. Las oposiciones no se limitan solamente a los posicionamientos diametralmente distintos en la sociedad, sino también a otros aspectos. El Rey de la novela se caracteriza por la brevedad de sus palabras, por su incapacidad de explicarse a través de palabras

(recurre al sexo, a la bebida o al sueño para expresarse). Castro, en tanto, posee una mítica capacidad oratoria sobre la cual no es necesario hacer mayor hincapié. El exceso de oralidad por una parte (que deja por lo mismo de tener valor, más en estos casos no siempre es mejor), y la casi ausencia total de la misma, por la otra (en este caso, menos tampoco es mejor). Dos estructuras y Weltanschauungen que al oponerse producen una suerte de síntesis dialéctica. Es, no obstante, una síntesis vaciada de sentido. Hay una imposibilidad de producir algo desde la unión y/o confrontación de ambos lugares y tiempos de enunciación. Ambos están carentes de poder: Castro porque es incapaz de llevar a cabo el ideal revolucionario (un fracaso siempre deviniendo algo distinto) y Rey porque es incapaz de todo, de simplemente sobrevivir. Cuba parecería, entonces, debatirse entre esos extremos discursivos que terminan siendo al final las dos caras de la misma medalla. La imposibilidad de la justicia y el vacío de la ley que ha surgido están presentes en los dos. Las reglas son impuestas desde afuera; ambos funcionan como máquinas extemporáneas que no tienen cabida en su propio entorno. En otras palabras: estamos frente a una multiplicidad de negaciones, negaciones de la profundidad de los cambios que se han establecido y del hecho que el control y poder sobre la propia vida (de Cuba y personal) se ha perdido. Estas dos subjetividades, que son anverso y reverso, nos muestran la impotencia ante los cambios y crean, desde su complejo devenir (que tiende hacia la destrucción), una nueva genealogía y lectura del proceso revolucionario.

Esta ética del vacío que afecta a la sociedad *in toto*, desde la lectura, por cierto, de la novela¹³, nos presenta una serie de problemas que es necesario enfrentar. Podemos así, grosso modo, plantearnos tres preguntas, relacionadas entre sí, que intenten dar cuenta, cual compendio o suma, de los principales factores discutidos hasta aquí. La primera apunta hacia la posibilidad de una justicia alternativa a la (no) justicia que se elabora desde el sistema neoliberal periférico, esto es, cómo superar el vacío de ley que surge desde el *iustitium*;

la segunda versa sobre una posible economía y política de las subjetividades en cuestión (la variante Rey—Castro); finalmente, surge como urgente la pregunta sobre el futuro (que se implica desde la urgencia del presente y la recuperación del pasado), se trata de una crónica anunciada ante la cual nada queda por hacer o, por el contrario, el texto nos plantea alternativas que subviertan las condiciones que plantea. En otras palabras, ¿hay una ética alternativa posible? Pareciera desde un primer acercamiento, y en concordancia con lo planteado hasta el momento, que las respuestas a estas problemáticas son fundamentalmente negativas. No obstante, intentaré mostrar ciertas posibilidades, intersticios, que surgen en este aparente aparato monolítico.

La ejecución de la ley tiene como fin evidente la consecución de la justicia. Término por cierto amplio y demasiado ambiguo (*todos sabemos* de qué se trata, pero al mismo tiempo todos poseemos una concepción, a un nivel práctico, que diverge de las otras). La novela, como he planteado, nos presenta una justicia inalcanzable y por lo tanto inexistente. El vacío de la ley que ha impuesto esa paradójica nueva ley que es la que rige en la excepcionalidad, nos lleva a esa carencia. Pues bien, la única manera de encontrar una salida a la violencia de esa negación es a través de la negación de las premisas que establecen el estado de excepción, irrumpir e interrumpir su flujo. Ciertas instancias nos permiten poder observar dichos intersticios: en particular, una serie de personajes secundarios que son capaces de desdoblarse y que, de esa manera, desarticulan, cualquier visión única. Los casos más significativos son los de Sandra y Elena. La primera, travestí que se enamora de Rey, no solo maneja una sexualidad que no puede ser reducida dicotómicamente, sino que además tiene la capacidad de “pasar el muerto”, esto es, ser literalmente “poseída” por un espíritu, el de Tomasa, que le obliga a fumar y beber alcohol mientras dura el trance. Al plantear una racionalidad diferente y postular una lógica distinta que no puede ser controlada por la lógica “oficial”, está abriendo camino a otros modos de funcionamiento político y social. Importa señalar, no

obstante, que no se trata de presentar como posible alternativa un retorno a una arcadía *illo tempore*, donde existe una suerte de contacto con los “espíritus”, la naturaleza o algo similar; lo que interesa rescatar de este pasaje es la posibilidad de una alternativa de pensamiento. Algo que nos lleve al establecimiento de una comunidad que se rija por parámetros distintos, esto es, para la cual la acumulación de capital y reproducción de los medios de producción no sea lo primordial, sino por el contrario, tienda a desestabilizarlos.

De modo similar podemos leer la presencia de Elena, la boba con quien Rey tiene relaciones. Ella funciona literal y literariamente (y políticamente) en otro plano del entendimiento. Su capacidad de expresarse se halla completamente atrofiada, del mismo modo el vínculo con su familia, madre y esposo—también bobo—, es disfuncional (de ahí podríamos trazar una línea hacia una especie de comunidad inoperativa, como señala Nancy¹⁴); ella actúa regida por el deseo de satisfacer sus necesidades más urgentes, es un funcionamiento que se agota en su misma acción, es decir, no hay una preocupación que vaya más allá del actuar cotidiano. En otras palabras: Elena, la boba, es un ser extraño para la misma excepcionalidad que se vive día a día, rompe las reglas del consumo. En el baño crían pollos y le regala uno de ellos a Rey, quien debe salir arrancando ante los gritos de la madre de Elena: “— ¡Ataja, ataja! ¡Policía, se robó un pollo, se robó un pollo!” (p. 165). De este modo, Elena desde su supuesta inconciencia facilita el “robo” de parte del pequeño capital que su familia tiene (la famosa frase de Brecht vuelve siempre: “¿qué es el robo de un banco comparado con su fundación?”). Desde su “bobería” o “locura” es capaz de actuar simplemente por afecto¹⁵. Observamos, en este episodio, una incipiente acción solidaria—algo que está casi por completo ausente del resto del relato y que cuya ausencia caracteriza la lógica del estado de excepción que se ha impuesto. Repito: es un acto muy precario de solidaridad, que no puede proponerse como alternativa real; lo que sí puede sugerir es una apertura, como

señalaba previamente, un intersticio en el modelo que rige en la sociedad.

Desde esta desestructuración del mecanismo social también podemos intuir mínimamente una nueva justicia, una que pueda surgir desde cualquier punto (cualquier miembro) y que circule hacia todos lados, que no se limite a la racionalidad hegemónica, que es también la “reaccionalidad”; esto es, que se permita abrir sus sentidos, sus líneas de fuga rizomáticamente, para desde su multiplicidad desjerarquizadora romper con los patrones establecidos por la no-justicia neoliberal y la excepcionalidad vuelta regla. Debemos, no obstante, notar un aspecto: el problema de la agencia. Fácilmente podría caerse en la crítica a lo recién planteado diciendo algo así como que se le está atribuyendo la posibilidad de cambiar la situación—las condiciones de funcionamiento político, económico y social—a sujetos totalmente marginales, excéntricos, extraños y desposeídos, como si la “solución” fuese por ahí y todos los demás, aquellos que son “centrales”, que poseen una posición no marginal o, en breve, son “normales” (permitámonos por ahora el uso de esa palabra) carecerían de cualquier capacidad agente. Nada más lejano de lo que he querido plantear: el que en la novela observemos posibilidades alternativas en estos personajes “marginales”, no implica que los “otros” queden excluidos; muy por el contrario, serán precisamente aquellas subjetividades “centrales” y “normales” quienes deberán efectuar los cambios para que estos surtan un mayor efecto. En otras palabras: el accionar que observamos desde la “bobería” o desde el “espiritismo” no se presentan como soluciones, sino como inicios de modelos a seguir. Modelo en el sentido de la posibilidad de la alternativa—esto es clave—no de “llevar a cabo lo mismo”, de “imitar”.

El periodo especial y el modo en que podemos leerlo en la novela, constituyen la muestra más clara, más patente, del triunfo de lo que he denominado neoliberalismo periférico. Después del recorrido que hemos efectuado hasta el momento, resulta imprescindible para poder entender el modo en que las políticas y

economías de las subjetividades devienen en el texto, aclarar un poco más dicha frase. O, en otras palabras, notar que el adjetivo *periférico* no puede ser utilizado a cabalidad. Refería antes que uno de los aspectos de esta *periferia neoliberal* era la coexistencia de diversas velocidades (un lugar es una multiplicidad de lugares, en un mismo momento circulan variadas temporalidades), empero, lo periférico *no rechaza lo central*, es más, lo incluye (lo mismo ocurre viceversa, en aquellas instancias que se suelen considerar como *centros*). Sin querer ahondar más en algo que he discutido en otra parte¹⁶, la misma noción de des-diferenciación que hemos mencionado anteriormente debe entenderse y relacionarse con la imposibilidad de fijar centros y periferias. Si he empleado el término es, de modo fundamental, por la particularidad política que Cuba sigue teniendo, no por su particularidad económica (si bien debemos reconocer que la relación con los Estados Unidos es sumamente particular; el embargo posee un posicionamiento ambiguo: por un lado excluye a Cuba de todo comercio, esto es, lo ubica incluso fuera de una periferia económica; por el otro, en cambio, le da un posicionamiento central, al hacerlo el “centro” de toda decisión económica y política que se adopte). Nuestro Rey de La Habana, el joven Reynaldo, pervive en esa misma incertidumbre: su marginalidad le da su centralidad. Por eso, repetimos, dichos posicionamientos se derrumban como construcciones epistemológicas.

Rey está de cumpleaños el siete de enero. Un día después de epifanía. En un nuevo acercamiento a un discurso que adquiere matices cristianos, observamos como Rey desde su génesis se sitúa después de la *revelación*. La revolución ha ocurrido un primero de enero, el seis los reyes reconocen al elegido; después de eso aparece el Rey de La Habana; es, efectivamente, un Rey que ha llegado tarde. Rey se ubica en un *post* total, y esta temporalidad y ubicación en el espacio, es también una marca de la sociedad cubana de los noventa. En breve, la imposibilidad de una identidad pasa por la (de)construcción de una identidad-post. Posterior a los sueños, a

las grandes esperanzas, a la revolución misma (como realidad y como ideal), el devenir de las subjetividades en los noventa cae en el vacío del puro presente. Los reyes, los elegidos ya *han sido*, se ha llegado demasiado tarde y en este nuevo mundo post, Rey solo puede intentar la pervivencia a como dé lugar, circulando por las trayectorias que ha determinado el nuevo ordenamiento político, social y económico de la isla, la especialidad. Ser “especiales”, vivir en la especialidad y en la excepcionalidad es, entonces, un reconocimiento de una derrota profunda, de una carrera perdida que solo se reemplaza por el sin sentido, por la inevitable superficialidad del puro presente que se impone como único y de su hegemonía. Rey es, a fin de cuentas, un desecho, una escoria, una ruina que no resulta como producto de esa historia anterior (de la historia repleta de sueños, posibilidades y esperanzas); no, Rey y la nueva Cuba que surge en los noventa es la ruina que la no-justicia neoliberal (o aquello que llamamos progreso) ha ayudado tan fuertemente a instaurar en la isla. En él vemos la acumulación de carencias, de exclusiones; el desarrollo que se posibilita, así, después de que nos hemos dado cuenta que los reyes del seis de enero y a quien han reconocido no existen (o si existen no *sirven más*), se alimenta en esa continua destrucción y deyección. De ahí que ser cubano o cubana en los noventa sea buscar en y desde la derrota que es el *iustitium* neoliberal que se ha establecido, una esperanza. Un poco más arriba sugerí, intuí algunas trayectorias a partir de la novela que podían leerse en ese sentido, hacia la construcción efectiva de un funcionamiento social regido por una justicia que se sobreponga a la suspensión de la ley, esto es, una sociedad justa que pueda elaborar una ética de la solidaridad y a través de ella crear lo que en palabras que hoy adquieren un tono romántico casi cursi, se denomina una sociedad mejor.

Las buenas intenciones, por cierto, no bastan. Como sabemos, el infierno está lleno de ellas. Y La Habana de la novela pareciera, en muchas ocasiones, asemejarse a uno, especialmente para el protagonista; adquiriendo incluso, hacia el final, características apocalípticas¹⁷, con la lluvia propiciando el derrumbe del edificio

donde viven Rey y Magda. Es el fin que se acerca inevitable e irremediable, en medio de la pasión desenfadada entre los dos (¿no nos recuerda acaso el final de *Cien años de soledad*?):

No había nada, pero se adoraban. Afuera seguía lloviendo copiosamente. A veces con mucho viento. Al día siguiente, a las tres de la tarde, el temporal continuaba en su apogeo. Hacía setenta y dos horas que llovía sobre La Habana, con vientos fuertes, rachas, truenos. La ciudad paralizada (...) En ese momento los muros comenzaron a ceder. Habían absorbido toneladas de agua. Las piedras de cantería, agrietadas, después de más de un siglo soportando, decidieron que ya era suficiente y se quebraron. Un estruendo enorme y todo se precipitó abajo. El techo y los muros. El piso también cedió y todo siguió cinco metros más, hasta el suelo... La escalera no existía. También se había derrumbado. Ellos estaban en un pedacito de piso y muro, a cinco metros de altura... salieron caminando hacia la terminal de ferrocarriles. A sus espaldas resonó un estruendo: el último trozo de la habitación de Magda también se vino al piso (p. 201-203).

He aquí, en todo su pavoroso esplendor, la imagen del fin. Las ruinas que se establecen, que se posicionan como la *realidad*. No puede ser más evidente el resultado del progreso que la excepción ha fundado. La crítica al nuevo modelo es evidente: estamos ante el Apocalipsis. ¿Cómo salir, cómo poder construir desde ese final, desde esas ruinas? Ahí la novela no nos da respuestas—más allá de las que postulé antes—, porque todavía no existen las respuestas ni las soluciones. La excepción que se ha convertido en la regla, la opresión es la norma; la destrucción total que imposibilita el futuro y busca borrar el pasado es aquello que queda, que permanece. Rey, como sabemos, morirá. Pero quedan los lectores, quedamos nosotros y queda *nuestra esperanza*. Y es en ese breve intersticio, el donde y el cuando el deber del cambio, de una nueva y profunda revolución se mantiene. Porque no podemos contentarnos con el reino del iustitium, porque es necesario reconstruir la historia desde todos los

accidentes para así recuperar las posibles múltiples subjetividades (reconocerlas todas). Crear, en definitiva, una nueva historia, que sea la historia de la revolución pero que también vaya más allá. *El Rey de La Habana* se debate entre el Apocalipsis y el sueño (de Rey, de nosotros). Pensar críticamente la excepción, la pseudo justicia que se implementa, la suspensión de la ley, la economía que se impone, todo ello es un deber imperioso. Y no se trata de realismo sucio o mágico o virtual. No. La realidad que toda crítica debe buscar es aquella que revierta las líneas finales de la novela. Hacer de la historia implícita en el “Y nadie supo nada jamás”, nuestra historia, devolverle su visibilidad. Buscar la victoria de la justicia y la justicia de la victoria. Siempre.

Notas

- 1 Josefina Ludmer en su artículo “Ficciones cubanas de los últimos años: el problema de la literatura política” caracteriza la situación cubana como una de desdiferenciación. Este aspecto es una de las características propias de la postmodernidad, de acuerdo con Jameson. *Singular Modernity: Essay on the Ontology of the Present*, 2002, como a Lash. *Sociology of Postmodernism*, 1990.
- 2 Este *dictum* romano puede entenderse de dos maneras opuestas. Por una parte, “la necessità non riconosce alcuna legge” y, por la otra, “la necessità crea la sua propria legge” (Agamben, 2003, p. 34). Ahora bien, esta oposición no implica la anulación de uno de los dos ‘sentidos’; por el contrario, ambos se refuerzan, crean-destruyen, de modo permanente: la negación de la ley lleva al surgimiento de una nueva ley que es su vez negada, sólo para ser reemplazada por una nueva, etc.
- 3 Anke Birkenmaier habla de la superación del realismo sucio en la producción de Gutiérrez (“Más allá del realismo sucio: *El Rey de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez”), algo que se ubicaría dentro de un proceso bastante lógico “si aceptamos el naturalismo como otro predecesor lejano, resulta que el término ‘realismo sucio’ no recoge, por lo tanto, una tendencia particularmente novedosa que, sin embargo, vuelve a surgir periódicamente, anunciándose como más realista que la literatura establecida.” (BIRKENMAIER, 2003, np). Birkenmaier identifica el realismo sucio con una estética de la violencia y agrega como rasgo característico el que “las narrativas del realismo sucio tienen generalmente un

punto de partida tajante que aparece bajo diferentes formas, pero fundamentalmente repite una misma estructura. Se podría describir como el silencio después de una catástrofe, o en todo caso, el de la vida llana y mala inmediatamente después de un evento decisivo” (BIRKENMAIER, 2003, np). Cabe destacar la conexión que se establece entre la escritura y el silencio. Esta escritura estaría dando cuenta de ese vacío de lenguaje que se ha producido como consecuencia de un evento decisivo. Lo que falta agregar aquí es, en primer lugar, que ese evento decisivo es siempre de carácter económico (el realismo sucio solo se entiende en una sociedad neoliberal, es más, cabe entenderlo como un producto de la etapa post-fordista del sistema); en segundo lugar, la catástrofe funciona no solo como un accidente original y único, sino que podemos considerarla como en un permanente devenir (vivimos en la catástrofe), es decir, no existe nunca un pleno “después” de la catástrofe, dado que su construcción-destrucción es continua.

- 4 Toda crítica, por cierto, está marcada políticamente, lo cual no impide que en algunas circunstancias, se llegue a verdaderas joyas de la manipulación. En el caso “cubano” es realmente notable el intento por parte de académicos “anticastristas” por elaborar sesudos comentarios de las novelas que se convierten en baratas y simplistas diatribas anti-revolucionarias, que poco tienen que ver con los textos que analizan o, con suerte, constituyen una lectura reduccionista de los mismos. Por el otro lado, como contrapunto, es necesario consignar, como lo hace Jorge Herralde, que durante los años noventa hubo una importante producción de novelística que caía en lo que él denomina “panfleto político anticastrista de indignación previsible”. Esto es efectivo en muchos casos, no obstante, como recién señalé, la crítica es la que ha ayudado a acentuar y reforzar este punto de vista.
- 5 Como bien nos recuerda Paul Virilio, “Inventer le navire à voile ou à vapeur, c’est inventer le naufrage. Inventer le train, c’est *inventer l’accident ferroviaire* du déraillement. Inventer l’automobile domestique, c’est produire *le télescope en chaîne sur l’autoroute*” (VIRILIO, 2005, p. 27).
- 6 En clases (Universidad de Michigan, Ann Arbor, semestre de otoño, 2004) algunos de los estudiantes veían en esta capacidad de Rey una muestra de la multiplicidad de temporalidades que coexisten en una sociedad como la cubana (y, por extensión, en la latinoamericana). En el contexto del curso, que trataba sobre pobreza y cultura, resultó interesante notar que desde una perspectiva puramente de la producción, el hecho de que Rey pueda quedarse dormido en cualquier lugar y ante cualquier circunstancia, no deja de tener sus tintes revolucionarios (anárquicos, apuntaban algunos). Creo que la idea del dormir

como accidente nos permite, desde una perspectiva levemente diferente, acercarnos a esa idea: los accidentes son aquellas modificaciones que están siempre por venir y que, a su vez, ya han sido creadas. Como se articulan y relacionan en un determinado contexto y momento social es lo que queda por descifrar.

- 7 Resulta interesante pensar la violencia de la novela desde los términos que articula Arendt, quien en su clásico *On Violence* la considera como opuesta por completo al poder cuando se da en un “estado puro” (lo cual, por cierto, nunca o casi nunca sucede). Pareciera surgir en el texto de Gutiérrez una multiplicidad de espacios y tiempos desde los cuales la violencia es ejercida. Esta se vincula de un modo complejo con el poder, pues este también pareciera proceder de una multiplicidad de instancias, pero ciertamente no del protagonista. Es decir, reacciona y *resiste* solo por medio de la violencia, pero carece de poder. Más aún, su violencia posee una fuerza bastante restringida, razón por la cual nunca podrá acceder a alguna instancia de poder.
- 8 Nótese la estrecha relación entre lo “normal” y la ley. En efecto, la norma es aquello que queda implementado a través del establecimiento de la ley. Así, la suspensión de la ley implica la suspensión de la normalidad. Si consideramos que la excepcionalidad entonces vigente se convierte en la regla/norma, podemos argüir que lo *normal* ha devenido solamente ausencia, imposibilidad. Como sabemos, la maniobra de todo tipo de régimen “de excepción” es buscar normalizarse. Caso sintomático lo constituye el PRI mexicano: donde la idea de cambio permanente queda institucionalizada, normalizada en el mismo nombre del partido.
- 9 Una interpretación basada en conceptos cristianos o una lectura psicoanalítica (versiones no tan distintas, al fin y al cabo), pueden dar pie a idea y elaboraciones altamente sugerentes e interesantes. No pretendo, para nada, descartar dichas alternativas (de hecho, como es posible advertir en mi análisis, nos las descarto por completo), sino, al contrario, plantearlas como posibles alternativas complementarias de análisis, en la línea de la construcción de una no-identidad cubana.
- 10 ¿Qué diferente será esta muerte y su nulo futuro, a la de Ti Noel (y para qué hablar de la de Mackandal) que se nos propone al final de esa otra novela que nos habla de otra revolución! La trayectoria y peregrinación de Ti Noel en *El reino de este mundo* puede leerse como contrapartida, como contracara y contralibro de la de Reynaldo. Recordemos que la novela no está exenta de alusiones a otros textos, siendo el más explícito: “Ella vendía maní. Le hubiera gustado que todos dijeran: ‘Oh, ella cantaba boleros’. Pero no. Ella vendía maní”

- (p. 53) que más que un homenaje a la novela de Cabrera Infante funciona como parodia y desacralización de uno de los textos que se planteaba, a su vez, como paródico por antonomasia.
- 11 Resulta notorio cómo el texto presenta un modo exuberante de acumulación que solamente puede ser entendido en términos bio-políticos. Los cuerpos, el cuerpo de Rey en este caso, pasa a formar parte, como un desecho más, de la máquina omnívora instaurada por el sistema. El ejercicio bio-político en Cuba ha sido siempre notable, en particular desde la caída de Batista, mas ahora hay una inversión en el sentido del uso de los cuerpos por parte del poder (un poder que, reitero, no se equivale para nada con el gobierno de Castro; el poder surge principalmente de las nuevas circunstancias históricas que se viven, la excepción y la consecuente implementación de un neoliberalismo periférico).
- 12 Virilio nos da como ejemplo de “accidente original” el del trasbordador Challenger: “Quand à la navette *Challenger*, son explosion en vol la même année que le drame de Tchernobyl, c’est l’*accident originel* d’un nouvel engin, l’équivalent du premier naufrage du tout premier navire” (p. 27). De un modo más coloquial podríamos preguntar: ¿Cuándo nos fuimos al carajo?
- 13 Aunque sea redundante quiero repetir que lo que efectúo en estas líneas es una lectura de la novela, y desde ella infiero posibilidades para comprender y entender la situación cubana actual. Pero no hago el proceso inverso (partir de una lectura de la *realidad cubana*). Obviamente esta división funciona, asimismo, solo de manera metodológica, y cuando es llevada acabo los entrecruzamientos son múltiples; pues como sabemos la ficción (*o lo que antes denominábamos ficción*) y que hoy ya se ha tornado imposible de diferenciar de lo no-ficcional) resulta muchas veces mucho más productivo y nos permite una lectura más rica en matices y sugerencias que una lectura o visión de aquella siempre inasible *realidad* o de sus supuestos *documentos de primera fuente* (¿? ¡Por favor!).
- 14 En Nancy, la comunidad se define por la naturaleza política de su resistencia contra el poder inmanente. La familia de Elena no puede ser entendida de ese modo aún, no obstante abre una puerta hacia un tipo de resistencia.
- 15 Para ver la relación entre locura y afecto (o amor) y el surgimiento, a partir de esa combinación, de comunidades alternativas y “alter-nómicas” (poseedoras de una ley “otra”), me parece interesante referir al texto escrito y fotográfico de Diamela Eltit y Paz Errázuriz. Asimismo, es muy sugerente y lúcido el análisis que de él efectúa WILLIAMS, Gareth. *The Other Side of the Popular*.
- 16 En NOEMÍVOIONMAA, Daniel. *Leer la pobreza en América Latina: literatura y velocidad*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2004. En particular en las páginas

31 a 35.

17 El pasaje de la lluvia que arrecia en la ciudad y que provoca el derrumbe de edificios se acerca, interesantemente, a lo que muchos críticos denominarían realismo mágico (la escena de la lluvia, claro está, tienen reminiscencias macondianas evidentes; por otra parte, creo que se pueden establecer conexiones con el final de *De donde son los cantantes*, de Severo Sarduy).

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio. *Stato de eccezione*. Torino: Bollati Boringhieri, 2003.
- ARENDDT, Hannah. *On Violence*. San Diego: Harvest Book, 1970.
- BIRKENMAIER, Anke. “Más allá del realismo sucio: *El Rey de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez”. *Cuban Studies*. V. 32, 2001, p. 37-54.
- BIRKENMAIER, Anke. “El realismo sucio en América Latina. Reflexiones a partir de Pedro Juan Gutiérrez”. Mayo de 2005. <http://www.miradas.eictv.co.cu/print_version.php?id_articulo=139.
- GUTIÉRREZ, Pedro Juan. *El Rey de La Habana*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- HERRALDE, Jorge. “Pedro Juan en el ring”. Mayo 2005. http://www.pedrojuangutierrez.com/Ensayos_ensayos_Jorge-Herralde.htm.
- LUDMER, Josefina. “Ficciones cubanas de los últimos años: el problema de la literatura política”. *Cuba, un siglo de literatura: 1902-2002*. Madrid: Colibrí, 2004.
- NOEMÍ VOIONMAA, Daniel. *Leer la pobreza en América Latina: literatura y velocidad*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2004.
- PORTELA, Ena Lucía. “Con hambre y sin dinero”. Mayo 2005. http://www.pedrojuangutierrez.com/EnsayosensayosEna-Portela_1.htm
- VIRILIO, Paul. *L'accident original*. Paris: Galilée, 2005.
- WILLIAMS, Gareth. *The Other Side of the Popular*. Durham: Duke UP, 2002.